
A LA VUELTA DE LA ESQUINA

SOBRE LA EXISTENCIA O NO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Como hago cada mes, hace unos días disfrutaba de la lectura del número 247 (junio de 1997) de la revista *Vuelta*. Iba terminando el delicioso artículo del Arq. Teodoro González de León sobre "Arquitectura y política", cuando de repente, mientras explicaba el autor la inconveniencia de haber construido en determinados sitios algunos edificios públicos y de señalar que "la política urbana de la capital ha oscilado entre el inmovilismo y la improvisación", me encuentro nada menos que con la siguiente rotunda afirmación: "No tenemos [los mexicanos, se entiende] Biblioteca Nacional como la tienen todos los países Latinoamericanos [así, con mayúscula]. Ni siquiera existe la institución" (p. 42). Me resisto a pensar que una persona de la exquisita cultura del Arq. González de León ignore que los mexicanos tenemos una Biblioteca Nacional desde que el presidente Benito Juárez la estableció por decreto del 30 de noviembre de 1867. Me niego a pensar que nunca se haya asomado a la ex iglesia de San Agustín, sede de la Biblioteca Nacional por más de cien años; que nunca haya visitado el espléndido edificio, obra del Arq. Orso Núñez, en el Centro Cultural Universitario, donde está desde hace

varios años; que no sepa que, adosado a éste, en 1993 se construyó, por el mismo Arq. Núñez, otro imponente inmueble, para albergar su Fondo Reservado. Me extraña que no conozca estos edificios el Arq. González de León; yo mismo he tenido el gusto de guiar visitas que han hecho, para admirarlos, innumerables arquitectos mexicanos y extranjeros. Pero más me extraña la siguiente afirmación suya: "ni siquiera existe la institución". ¿Qué será entonces ese imponente repositorio donde se conservan casi 200 incunables, más de 100 000 volúmenes de los siglos XVI a XVIII, más de dos millones de piezas bibliográficas y hemerográficas mexicanas que son ni más ni menos que la memoria de la inteligencia nacional, todo ello además en un catálogo totalmente automatizado consultable en la *Internet*? Sigo creyendo que todo esto lo sabe muy bien el Arq. González de León, lo tiene que saber. ¿A qué se deben entonces esas iconoclastas sentencias? No creo que haya detrás de ellas, no puede haberla, alguna crítica a la Universidad Nacional Autónoma de México, generosa y eficiente administradora de la Biblioteca Nacional por más de 80 años, desde antes de su autonomía. En el pasaje citado, escribe el Arq. González de León que los mexicanos no tenemos Biblioteca Nacional como la tienen todos los países latinoamericanos. Lo que en efecto no tiene obligación de saber, pero que gustosamente le explico es que existe la Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ABINIA); que la Bi-

blioteca Nacional de México tuvo durante el año 1995 la presidencia de ABINIA; que ese año organizó en su sede la V asamblea general de la asociación y que, en esa ocasión, los directores de todas las bibliotecas iberoamericanas reconocieron en la de México una de las más importantes y mejor organizadas del continente. Creo que los lectores de *Vuelta* nos merecemos una explicación: ¿por qué dice el Arq. González de León que en México no tenemos una Biblioteca Nacional? <

JOSÉ G. MORENO DE ALBA
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
DE MÉXICO.

ACLARACIÓN AL SR. JOSÉ G. MORENO DE ALBA



Agustín Yáñez —al que en esas fechas se le hacen mercedos homenajes— pensaba, cuando era Secretario de Educación en los años sesenta, que la Biblioteca Nacional había perdido su carácter cuando pasó a manos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Estaba convencido de que la Biblioteca Nacional debía ser una institución típicamente republicana, independiente de cualquier otro organismo o institución. Decía que la custodia de las colecciones que se habían encomendado a la Universidad se justificaba por el mo-

mento político que vivía el país cuando se realizó. Ya no lo era en los años sesenta. Para ese fin formó una comisión que presidía Jorge González Durán para crear la que acertadamente denominaron Biblioteca de la República. Era un plan ambicioso y generoso en compra masiva de libros y de colecciones, equipos, formación de personal y edificio —sección en la que me tocó participar. Se contaba con los fondos de la Biblioteca México, que en aquel entonces dirigía la inolvidable María Teresa, discípula de Vasconcelos y que formaba parte de la comisión. Se pensaba también rescatar parte de los fondos históricos de la Biblioteca de San Agustín, y supe de gestiones infructuosas a ese respecto. Se estudiaron tres ubicaciones distintas para el nuevo edificio, todas obviamente en puntos significativos del área central de la capital. Iba a ser además el organismo central que coordinaría todo el sistema bibliotecario nacional. Fueron tres años de trabajo que no prosperaron por razones que no es el caso aquí relatar. Sigo coincidiendo con el pensamiento de Agustín Yáñez, con más razón ahora. La colección que antes se alojaba en la nave de la iglesia de San Agustín (harto impropia y helada) pero situada en el corazón de la ciudad, pasó a un extremo del campus de la UNAM. Todo esto es independiente de que esté en un buen edificio y de que esté manejada con excelencia. <

TEODORO GONZÁLEZ DE LEÓN

ARTE EDITORIAL

El número del pasado 15 de junio del suplemento "El ángel" del periódico *Reforma* recoge un comentario de Christopher Do-

mínguez sobre lo que él llama "el nuevo arte de la edición mexicana". Se refiere a la cantidad considerable de pequeñas editoriales que han surgido recientemente en nuestro país producto, precisamente, de la crisis editorial mexicana. La paradoja no es tal: ahora es cuando este tipo de editoriales cobra todo su sentido ya que lo importante, para el caso, es la publicación sin pretensiones de gran mercado de la lectura. Se edita lo que uno quiere y, en alguna medida, como uno quisiera que las editoriales establecidas publicaran; esto es: con un margen apreciable de calidad tanto en el contenido como en la presentación.

Y aunque el número de sellos editoriales le llama la atención a Christopher, existen aún más editoriales que las que él registra. En este momento recuerdo cuando menos otras tres: Los domésticos (de Mario Bojórquez), Ditoria (de Roberto Rébora y Josué Ramírez) y los Libros de la Mancuspia (de Héctor Alvarado *et al.*).

Tal vez hay motivos para suponer que la distribución es el cuello de botella para estas pequeñas editoriales, sin embargo, sus tirajes cortos y su trabajo de distribución

"informal" dirigidos a un grupo concreto de posibles lectores les asegura, creo, una mejor recepción.

HOJA POR HOJA

Me sorprende encontrar en el mismo diario *Reforma* un suplemento más dedicado exclusivamente a la reseña informativa de novedades editoriales.

Digo que me sorprende porque, me pregunto: ¿no sería más recomendable financiar primero a las páginas de cultura y al suplemento que ya tienen? Quizá más de uno aflore ver en los suplementos un trabajo cabal de periodismo cultural y crítico, y no solo ralas parcelas ocupadas por la talacha bibliográfica. El nombre de estas nuevas páginas es "Hoja por hoja", y aparecen dirigidas por Granados Chapa y editadas por, entre otros, Obsidiana Granados. Ante la noticia de que "Hoja por hoja" aparecerá simultáneamente en cerca de diez periódicos dispuestos por todo el territorio nacional, cabe preguntarse también: ¿cuál crisis editorial? Ahora, quizá, en lugar de libros ¿tendremos sólo suplementos sobre libros? <

DAVID MEDINA PORTILLO

